

Codependencia y literatura. La codependencia en la antigüedad clásica

Jauregui, Inmaculada

Psicóloga clínica. Psicoeducadora, Ms. C.

Profesora de antropología de la Universidad Católica de San Antonio de Murcia.

Doctorando en psicología-Departamento de psicología dinámica/humanista.

Universidad de Québec en Montreal (UQAM).

Resumen

Este artículo se escribe con la finalidad de profundizar sobre el origen del fenómeno adictivo de la codependencia. Para ello, se analiza la narrativa literaria mitológica de Eco, narrativa concebida como la metáfora por excelencia de la condición codependiente. El análisis literario hará emerger ciertas características familiares que se sitúan teóricamente en el origen del proceso adictivo codependiente, corroborando así hipótesis de trabajo.

Palabras clave

Codependencia, Adicción, Origen, Familia, Parentificación, Mitología, Literatura, Fenomenología, Intersubjetividad.

Resumen

Cet article est écrit dans le but d'approfondir l'origine du phénomène dépendent de la codépendence. Pour ce faire, la narrative mythologique d'Echo sera analysée puisque elle est conçue como la métaphore par excellence de la condition codépendente. L'analyse littéraire faire émerger certaines caractéristiques familiales, selon la théorie, à l'origine de tel processus de dépendence qui est la codépendence. De la sorte, les hypothèses de travail se voient confirmées.

Palabras clave

Codépendence, Dépendence, Origine, Famille, Parentification, Mythologie, Littérature, Phénoménologie, Intersubjectivité.



Resumen

This article is written with the aim of deeping into the origin of the addictive phenomenon of co-dependency. For that purpose, it is analysed the mythological narrative of Echo, narrative conceived as the metaphor par excellence of the co-dependent condition. The literary analysis will arise certain family characteristics, theoretically placed in the origin of the co-dependent addictive process, thus corroborating some hypothesis.

Palabras clave

Codependency, Addiction, Origin, Family, Parentification, Mythology, Literature, Phenomenology, Intersubjectivity.

INTRODUCCIÓN

La codependencia es concebida como una adicción a otra u otras personas y sus problemas y, en consecuencia, no se trata de un síntoma de algo sino de un problema en sí. Ahora bien, las personas codependientes no solamente mantienen relaciones con personas dependientes (adictos) sino que además exhiben muchas de las características que definen al adicto como tal. Pueden así no utilizar el alcohol u otras sustancias químicas, pero utilizan otras cosas de manera compulsiva y adictiva. Así se observa que las personas codependientes son frecuentemente anoréxicas o bulímicas o presentan problemas con la alimentación. También a menudo tienen una relación adictiva hacia actividades como el trabajo, el amor. Finalmente, es posible que la codependencia, sin un tratamiento terapéutico adecuado, se convierta en una adicción tradicional, es decir a sustancias químicas. En definitiva, la codependencia aparece como la otra cara de una misma moneda: la adicción.

Una vez definida y comprendida la codependencia, la pregunta que emerge concier-

ne a su origen :¿Cómo se desarrolla la codependencia? ¿En qué contexto se desarrolla?

Aunque la codependencia aparece manifiestamente en una relación íntima con un toxicómano, ello no quiere decir que las características de una persona codependiente no estén presentes en su manera de relacionarse con el mundo pero de manera soterrada, oculta, velada bajo una aparente normalidad en el funcionamiento cotidiano. Puesto que la codependencia es una problemática relacional, sólo en la relación puede observarse y manifestarse, y las relaciones se manifiestan y expresan en otro orden que el cotidiano. Así pues resulta de interés clínico el estudio del entorno familiar de origen de las personas codependientes con la finalidad de entender el proceso por el cual la codependencia emerge como problemática nosológica. Para ello, nos sirve de ilustración el mito de Eco, una narrativa literaria mitológica que nos revelará aspectos psicoculturales del entorno familiar en el cual se origina la codependencia. El análisis de dicha literatura nos revelará el espectro familiar particular que nos dará la clave para una mayor comprensión del proceso adictivo



codependiente, corroborando así ciertas hipótesis teóricas emergidas de una práctica terapéutica.

LA CODEPENDENCIA: UNA ADICCIÓN OCULTA

La codependencia es un fenómeno estrechamente ligado al de las adicciones o toxicomanías. Por ello, englobar ambos fenómenos en un mismo estudio y proceso terapéutico nos parece fundamental: «... difícilmente puede entenderse la dependencia psíquica de alguien a algo, sin detenerse a comprender la codependencia del entorno más inmediato» (Martí, 1997: 222). «Así pues, desde el punto de vista terapéutico, no sólo se ha de tratar al adicto, ayudándole a deshacer las bases psíquicas de su adicción, sino también poner de manifiesto y tratar después, el problema de la codependencia» (Martí, 1997: 223).

Buena parte de la literatura sobre la codependencia ha puesto el acento en la codependencia como una adicción –dependencia– de orden afectivo (Prest y Storm, 1988) y ello se expresa a través de diferentes términos: relaciones adictivas, adicción al amor, dependencia patológica y dependencia afectiva. La precursora de esta perspectiva es Karen Horney (1950) quien habla de “solución autoeliminadora” –*self-effacing solution*– para describir la dependencia neurótica que consiste fundamentalmente en una extrema dependencia hacia los otros de cara a adquirir un sentido de sí mismo. Se trata de una dependencia mórbida que gestiona la necesidad primaria de obtener y preservar la afec-

ción mismo, en detrimento del compromiso en una relación de dependencia abusiva (Horney, 1942). Los infantes son tan dependientes afectivamente de sus padres que, si la situación lo pidiera, podrían negar sus propias expectativas, necesidades y deseos «... incluso hasta el punto de entregar su propia voluntad y adquirir significado y valor en tanto que individuos, a partir de la consideración en la que los padres les han mantenido» (Lyon y Greenberg, 1991: 436).

El movimiento anónimo¹ pone el acento en la codependencia como una patología del vínculo y la definen como una excesiva tendencia a encargarse del otro o a asumir responsabilidades por los otros (Haaken, 1993). En este mismo sentido, Wegscheide-Cruse (1985) describe esta condición patológica como caracterizada por una preocupación y dependencia extrema hacia una persona. Eventualmente, esta dependencia al otro deviene una condición tan patológica que afecta a otras relaciones. Mulry (1987) ha definido claramente la codependencia como una adicción a una persona toxicómana. Peele y Brodsky (1975), por su parte, afirman que una relación personal puede ser tan compulsiva e impulsiva –*overdriven*– como lo es la dependencia (adicción) química. En otras palabras, este tipo de relación también supone una adicción (Wright y Wright, 1991). Según Cleveland (1987), la codependencia es un término utilizado para describir un patrón exagerado de dependencia llegando hasta la negligencia de sí mismo y debilitando su propia identidad. Schaeff (1987) afirma que la co-

¹ Alcohólicos anónimos (A.A.), Codependientes anónimos (ACOA).

dependencia se caracteriza por un patrón exagerado de dependencia al punto de ser negligente con la propia persona. Lo original de esta autora es la contextualización de las adicciones, toxicomanías y codependencia, dentro de una sociedad y cultura que favorece dichos comportamientos. En este sentido, la sociedad está enferma (adicta) y, en consecuencia, también lo está el individuo. El término codependencia describe esencialmente el mismo síndrome que el descrito por Norwood (1985) cuando habla de adicción al amor.

La codependencia es entendida como una dependencia al igual que la toxicomanía y, en este mismo sentido, la persona codependiente transforma el objeto de deseo en una necesidad. La diferencia entre la compulsión de una persona toxicómana y la de una persona codependiente no estriba en las dinámicas subyacentes a la adicción, sino en el objeto de consumición, presentándose ambas problemáticas como las dos caras de una misma moneda. Así, mientras que las personas toxicómanas buscan de manera obsesiva solamente las sustancias, con la finalidad de aliviar su dolor, aislándose cada vez más de la gente y profundizando cada vez más en el problema, las personas codependientes utilizan el comportamiento compulsivo de hacerse cargo del toxicómano para aliviar igualmente el dolor. La soledad a la que el codependiente llega en este contexto, no implica necesariamente una alienación social.

Aunque la literatura sobre este tema muestra, en un primer momento, una gran variedad de definiciones y perspectivas teóricas (Neveille, Bradley, Bunn y Gehri, 1991), pare-

ce existir actualmente un consenso sobre la problemática relacional de carácter adictivo de la codependencia. De hecho, dicha característica aparece en la definición oficial emergida de la primera conferencia nacional sobre codependencia que tuvo lugar en Arizona, en 1989: «la codependencia es una pauta dolorosa de dependencia de comportamientos compulsivos y de búsqueda de aprobación en un intento de estar a salvo, de adquirir una identidad y un valor de sí mismo» (Lawlor, 1992: 19).

Donde se plantean mayores problemas es en el origen de dicha problemática. Al respecto, partimos del postulado científico fenomenológico según el cual el ser humano no es una sustancia –mónada– situada más allá de sus relaciones con el entorno. Es más, la persona no existe fuera de una red de relaciones (Jacques, 1982). Nuestro contexto teórico se sitúa así en la perspectiva intersubjetiva según la cual los fenómenos psicológicos no pueden entenderse aparte del contexto intersubjetivo –sistémico– en el cual cobran forma (Stolorow y Atwood, 1992). Desde esta perspectiva, el contexto intersubjetivo juega un papel constitutivo de toda forma de psicopatología (Stolorow, Atwood y Brandchaft, 1994) y como tal debe ser incluido en el estudio de la misma.

La literatura sobre el origen de la codependencia parece haberse polarizado en dos argumentos. Uno de ellos pone el énfasis en la perspectiva disfuncional familiar, la cual genera dinámicas interpersonales disfuncionales, estando éstas en el origen de la codependencia (Lyon y Greenberg, 1991). Dentro de esta óptica se sitúan algunas definiciones sobre la codependencia:



«... impotencia adquirida² y comprende un sistema aprendido de comportamientos que consiste en unas tradiciones y rituales familiares legados de una generación a la siguiente y que conciernen en cómo la familia enseña la intimidad y la vinculación [...] la codependencia es comprendida dentro de este contexto como un tipo de problema relacional» (O'Gorman, 1993: 200).

«La codependencia es un esquema de vida disfuncional que emerge en nuestra familia de origen, así como en nuestra cultura, produciéndose así un paro en el desarrollo cuyo resultado es una hiperreacción a lo externo y una hiporeacción a lo interno. Sin tratamiento, puede deteriorarse y convertirse en una adicción» (Friel y Friel, 1988: 157).

En este sentido la codependencia se desarrolla como una respuesta a circunstancias familiares disfuncionales en un esfuerzo por controlar y establecer una estabilidad ante una situación incontrolable e incomprensible. Esto se aborda en el sentido de la teoría del desarrollo de la depresión y la impotencia de Seligman (1975), según la cual las personas con depresión son guiadas por situaciones en las cuales no han aprendido a ejercer un control sobre el entorno, lo que implica que la codependencia se cristaliza en una edad temprana en el infante, con un síndrome de personalidad concreto –codependencia endógena– y que continúa su propia dinámi-

ca en las relaciones, mismo si la persona no vive con su familia de origen. Estas personas tienen mayores posibilidades de estar implicadas en repetidas relaciones disfuncionales.

La otra gran corriente –próxima al interaccionismo simbólico– sobre el origen de este fenómeno afirma que la codependencia representa un esfuerzo de una persona 'esencialmente normal' para ajustarse a un cónyuge y una situación de vida extremadamente difíciles (Jackson y Kogan, 1963), como puede ser un adicto, sin que ello implique mayores disfunciones en el entorno familiar de origen de la persona codependiente. Lo que implica que la codependencia se configura en la edad adulta y que puede desaparecer en cuanto se aleje del entorno de la persona problemática.

Como conclusión, podemos decir que estas teorías de corte sistémico o interaccional concluyen, a partir de la observación de casos clínicos, en que la codependencia es la consecuencia de una exposición a largo plazo a un entorno familiar altamente estresante, definiéndolo como un entorno en donde hay presencia de problemas tales como toxicomanía, enfermedad crónica, abuso físico o incesto (Potter-Effron y Potter-Effron, 1989). Para intentar aportar un luz sobre este debate de manera que emerja una conclusión hemos recurrido al estudio de un caso clínico que la literatura nos aporta.

² El concepto de impotencia adquirida –*learned helplessness*– fue desarrollado por Seligman con la finalidad de explicar la depresión experimental. Esta noción explica como el ser humano puede ser condicionado a ver el poco o ningún impacto que sus acciones ejercen sobre el medio. Hay cuatro temas que subyacen al concepto: ninguna percepción de control sobre el entorno, ninguna implicación en las tareas, interrupción de rutinas y ausencia de apoyo social.



LITERATURA, MITOLOGÍA Y PSICOLOGÍA

La mitología se emparenta estrechamente con la literatura y, en general, con el arte, en el sentido de que el relato, la novela y otros géneros literarios y artísticos prolongan la narrativa mitológica. El mito, como el arte en general, representan formas culturales, constituyendo la mitología esa literatura clásica que nos ha sido legada desde tiempos remotos.

La psicología, con anterioridad a su nacimiento como ciencia independiente a finales del siglo XIX, era considerada una rama de la filosofía, es decir conocimiento, sabiduría. La filosofía, conocimiento heredado de los griegos, brota de la entraña materna de la poesía –literatura (Barrientos, 1996)– que era la *paideia* –educación– más antigua de los griegos (Jaeger, 1996). La *paideia*, sinónimo de cultura (Jaeger, 1996), deriva del griego *poiesis* que significa creación. Creación de una imagen ética del ser humano que se correspondía con la virtud –*areté*– de obrar bien. La concepción del bien estaba estrechamente asociada con el cosmos: «*todo ser es bueno cuando en él se impone y se realiza el tipo de orden que corresponde a su esencia, su propio cosmos*» (Jaeger, 1996: 534). La *paideia* no estaba dirigida al ser humano como tal sino a su alma. Por la *paideia*, la *psiqué* se transformaba en algo sublime, sabio, docto, bueno. La virtud era una cualidad cívica, es decir del ciudadano, de aquel que participaba del mundo común en donde se trataban los asuntos humanos. En la herencia que los griegos nos legaron, existe una estrecha relación entre literatura, psicología, filosofía, educación, política y cultura. Entendemos que la literatura,

antiguamente poesía y mitología, era la construcción de una imagen del ser humano en participación con los otros; suponía la construcción de un cosmos, modelo humano por excelencia, de las relaciones humanas. Se cimentaba sobre una comunidad de diferentes unidos en sus diferencias, formando un orden, un cosmos. No era algo natural en el ser humano y, por ello, requería una formación, una *paideia*, una cultura. De la puesta en común con los otros emergía un orden, fundamentalmente ético, virtuoso, bueno. En el centro de todo ello, se encontraba el alma, la *psiqué* considerada punto de partida de lo humano.

La mitología y la psicología han podido mantener, a lo largo de los siglos, una estrecha relación. La psicología, buscando un fundamento biogenético indispensable para su fundamento, ha sido conducida hasta los mitos y ello, porque el problema esencial que concierne al ser humano ya había sido tratado a través de imágenes míticas. Muchos psicólogos y filósofos han recurrido a los mitos intentando explicar los misterios del ser humano (Jaeger, no publicado). En otras palabras, las ciencias humanas buscando al hombre encontraron el mito y ello porque forma parte de su humanidad; de hecho la constituye.

Los mitos emergen de las profundidades de la *psiqué* (Bilodeau, 1993). El conocimiento de los mitos dan acceso a las estructuras fundamentales del ser humano puesto que los procesos simbólicos, de orden cognitivo, subyacen al pensamiento humano. Los mitos nos revelan aspectos psicológicos, sociológicos y éticos del ser humano.

Aunque la codependencia ha emergido como una nueva área terapéutica importan-



te en el campo de las adicciones, pocos autores que trabajan la relación entre toxicomanía y literatura han considerado esta nueva dimensión. Una de las razones, además del habitual retraso entre los descubrimientos en una disciplina y su aplicación en otra, es la minimización o negación de las implicaciones de la adicción en los familiares próximos. Pocos estudios ligados con estas dos áreas, y explícitamente preocupados por la codependencia, están sin embargo empezando a emerger actualmente: por ejemplo, Timothy Rivinus and Brian Ford en su artículo "*Children of Alcoholics in Literature: Portraits of the Struggle*" y Amy Masheberg "*Co-Dependence and Obsession in Madame Bovary*". De manera similar y como testimonio del creciente interés en estas áreas, encontramos la revista *Dionysios*, así como la conferencia que hubo en Inglaterra en abril de 1991 sobre adicción y literatura (MacGregor, 1991).

Desde esta perspectiva, el mito de Eco y Narciso resulta edificante –*building*– para la comprensión del fenómeno de la codependencia, así como su origen. Esto no debe conducir al engaño de pensar que ya en la Grecia clásica existiera el concepto de droga como problemática social, así como la adicción a una sustancia en tanto que enfermedad científico-natural y, por lo tanto, tampoco el de la codependencia.

LA PROBLEMÁTICA DEL NARCISISMO: LA BÚSQUEDA DEL MITO

Cuando entendemos narcisismo, no podemos impedir hacer referencia al mito de Narciso y en consecuencia, pensar en ese per-

sonaje enamorado de sí mismo a través de la imagen que el agua le reenvía. A partir de este mito, la psicología y más específicamente el psicoanálisis, ha trazado líneas que concierne esta patología: el narcisismo. Sin embargo, en el mito de Narciso hay una parte que se ha mantenido bastante a la sombra y que hace referencia al aspecto relacional de Narciso con la ninfa Eco. El mito de Narciso, concretamente el episodio de su relación con Eco, se presenta en este trabajo como una metáfora de la condición codependiente. Esta perspectiva metafórica de la codependencia ha sido claramente puesta de relieve por dos autores: Cermak (1986) y Donaldson-Pressman (1994).

Cermak (unpublished) ve la persona codependiente como aquella que está dispuesta a reflejar a los otros, es decir actuar como espejo reenviándoles sus propias imágenes. El relato mítico del poeta griego Ovidio que data de hace dos mil años y que concierne, entre otros personajes, a Eco, parece la mejor ilustración de la condición codependiente. En los trabajos de Cermak (1991), la codependencia se revela como una problemática complementaria al narcisismo. En otras palabras, la codependencia y el narcisismo son dos manifestaciones de un mismo proceso subyacente: «*si el narcisismo puede ciertamente presentarse como comportamiento necesitado, tenaz y absorbente, esto levanta la posibilidad de que Narciso y Eco sean simplemente dos manifestaciones de un mismo proceso subyacente*» (Cermak, 1991: 141). Esta (hipó)tesis de la complementariedad de la codependencia con el narcisismo, viene apoyada por los propósitos de Freud (1914), quien de hecho reconoce este papel complementario del narcisismo cuando es-



cribe que las personas narcisistas sienten mayor atracción por esas otras personas que han renunciado a una parte de su narcisismo: «el narcisismo de otra persona ejerce una gran atracción para aquellos otros que han renunciado a parte de su propio narcisismo y buscan el objeto del amor» (Sanler, Persone y Fonagy, 1991: 19). Además Masterson (1981) distingue entre los problemas de personalidad narcisista, una serie de manifestaciones más particulares llamadas por él "narcisismo oculto" —*closet narcissism*—, frecuentemente mal diagnosticado como personalidad límite. Este autor afirma que estas personas se centran en el otro más que en ellas mismas y son el reflejo (espejo) del otro. Estas personas fusionan con el otro para evitar la fragmentación de su yo interno (*self*). El otro de la fusión no es más que una idealización. En esta forma particular de narcisismo, todavía no clasificada, hay una renuncia de sí mismo. La problemática subyacente es del orden de la depresión de abandono (Masterson, 1993).

Cermak (1986) ilustra a partir del mito el contrato relacional que, según él, está en la base de la codependencia: Eco, queriendo ganar la afección de Narciso por el reflejo de sus propias palabras, pierde aquello que quería realmente decir, quedándose así con un profundo sentimiento de impotencia, sobre todo del hecho de que le había dado su propio poder a Narciso. El don de su propio poder, de su propia voluntad, sacrificándose ella misma está en el centro de la codependencia. El precio a pagar es la pérdida de la corporeidad y así de su propio lugar de habitación. Sin embargo le quedará la limitada voz.

Eco muestra a Narciso cómo ella se le parece: las palabras eran casi las mismas. Eco

hace de espejo sonoro de Narciso. Las personas que en sus relaciones se limitan a reflejar a los otros, a actuar como espejo son los codependientes. Para Cermak (1991), el problema de personalidad codependiente podría muy bien llamarse Ecoismo de la misma manera que el problema de personalidad narcisista se le conoce bajo el nombre de narcisismo.

Donaldson-Pressman y Pressman (1994) emergen la leyenda olvidada de Eco en el mito de Narciso. La relación Narciso-Eco representa la metáfora de la familia narcisista. Narciso representa el sistema parental mientras que Eco representa la progenitura que intentará tener la atención y la aprobación de los padres a través del reflejo reactivo de las necesidades emocionales parentales sin desarrollar así jamás su propia voz. En estas dinámicas disfuncionales es la responsabilidad de la descendencia el conocer y responder a las necesidades de los padres.

En una investigación exhaustiva y profunda sobre el mito de Narciso y Eco, hemos encontrado ciertos artículos que analizaban dicho episodio mítico siempre como la metáfora de un problemática sin nombre pero que sin embargo representa todo un cuadro clínico importante sobre todo dentro de la dinámica de la toxicomanía y del alcoholismo.

Vamos a realizar un breve recorrido pues encontramos que todos estos trabajos hablan de un mismo fenómeno: la codependencia.

El artículo de Claudette Lafond (1991) sitúa la problemática ecótica en la óptica del proceso de subjetivación. La autora toma como punto de partida una problemática particular encontrada en su práctica profe-



sional. Se trata de una serie de síntomas que presentaban ciertos pacientes. Todos los síntomas le llevaron a la reflexión sobre el sujeto, es decir su existencia. La autora piensa que se trata de «... una subjetividad que no ha podido llegar a ser» (Lafond, 1991: 1639). La persona no ha podido edificar «... una mitología personal sin la alienación de la relación imaginaria con el otro» (Lafond, 1991: 1640). Este imposible sujeto no ha podido construir su yo, su morada, a través de «... la posesión psíquica de su territorio, allí donde uno se siente en su casa con un perímetro bien definido y allí donde las aperturas hacen posible evolucionar. Un lugar que se construye en un tiempo. Un lugar que contenga, paralelamente al tiempo, y que constituye la historia del sujeto» (Lafond, 1991: 1640). Comprendemos que el desarrollo de un yo (*self*), de una subjetividad, de una persona, es la creación de un espacio de habitación: que en ciertos casos no ha podido ser creado. Si esta realización no ha podido tener lugar es porque hay alguna falla en la relación con el otro que es del orden de la alienación. Se trata, por supuesto, de una relación primaria o constituyente del sujeto. La autora encuentra en el mito la metáfora de esta condición que es la de sus pacientes que no han podido desarrollar su propia subjetividad. A través del análisis de este mito, la autora intenta aproximarse a esta problemática sin diagnóstico. En su aproximación mítica de esta realidad del imposible sujeto, encontramos puntos comunes revelados por otros autores que tratan de la codependencia, sobre todo a aquellos que tratan del aspecto disfuncional o narcisista de la familia original (Donaldson-Pressman y Pressman, 1994). Encontramos también el problema de triangulación entre

Eco y sus padres. Encontramos la falta de espacio psíquico en Eco para crear su propio espacio habitable, su morada, ya que se encuentra secuestrada en el espacio parental; un espacio conflictivo entre los cónyuges. Encontraremos también la condena de Eco a ser el espejo sonoro del otro por la pérdida de su capacidad de palabra, fruto de un castigo maternal; encontramos también la problemática incestuosa del padre para con las hermanas de Eco y encontramos finalmente la dificultad relacional de intimar en su relación con Narciso. El final del drama es la inexistencia de Eco en tanto que sujeto. Eco intenta construir su propia habitación intentando entrar en relación íntima con Narciso, aunque no lo consigue. En otras palabras, su relación con Narciso deviene también tan alienante como la mantenida con sus padres. Eco no consigue establecer un lazo a partir del cual pueda construir su morada, su propio yo, su palabra. En definitiva, podríamos hablar del complejo de Eco en este caso preciso pues se trata de un: «... complejo pre-édipiano (que) determinará una plasticidad en la relación de objeto y (que) facilita las identificaciones a la sumisión» (Lafond, 1991: 1641). La noción de complejo es definida como un «conjunto organizado de representaciones y de recuerdos con fuerte valor afectivo, parcial o totalmente inconscientes. Un complejo se constituye a partir de las relaciones interpersonales en la historia infantil; puede estructurar todos los niveles psicológicos: emociones, actitudes, comportamientos» (Laplanche y Pontalis, 1973: 72).

A la luz de este mito, comprendemos que el complejo o la problemática ecótica emerge pues de un contexto relacional familiar y a temprana edad y decimos bien contexto familiar. En este mito, concerniendo a la ninfa

Eco, «... se trata de una prohibición de la afirmación de una identidad singular» (Lafond, 1991: 1641). Es dentro de esta imposibilidad de que el yo devenga, donde el mito de la ninfa Eco se inscribe.

La obra de Alice Miller (1983) trata de una problemática particular que tampoco tiene todavía diagnóstico, aunque sí cuadro clínico. La problemática del narcisismo se extiende más allá del narcisismo patológico comprendido como la excesiva idealización de sí mismo y recubre un espectro particular que es el de los infantes que juegan el papel de sus madres; lo que ella llama el drama del infante dotado. La autora se sirve del episodio mítico de Eco, inmerso en el mito de Narciso, para ilustrar la problemática de estos infantes dotados, inteligentes y sensibles que van a investir a sus madres, produciéndose así una inversión de papeles en donde el infante cuidará de su madre, asegurándose así su amor:

«esta actitud es luego desarrollada y perfeccionada, hasta que estos infantes lleguen a ser [...] de sus madres, y que se ocupen de sus pequeños hermanos y hermanas, desarrollando una sensibilidad particular por las señales inconscientes de las necesidades de los otros» (Miller, 1983: 20).

El síntoma central de estos infantes, una vez llegados a adultos, es la depresión. La compulsión a la repetición de este escenario se traduce por una puesta en escena del encargarse del otro y así existir en tanto que persona reconocida como madre del otro con la esperanza de que un día, a su vez, alguien les reconozca. La falla del papel maternal subyace a esta problemática. Esta se acompaña de un profundo sentimiento de vacío, de absurdidad, de sin-sentido y de desarrai-

go. Sienten una necesidad profunda de recibir eco, de ser reflejados, vistos y comprendidos.

Nos encontramos una vez más con la misma problemática, los mismos síntomas y el mismo escenario de origen: la inversión de papeles revelado de hecho por otros autores cuando hablan del fenómeno de parentificación.

En la obra de Donaldson-Pressman y Pressman (1994) estos autores analizan el carácter mitológico de los personajes Eco y Narciso, describiendo así las características de una familia narcisista o disfuncional. Hacen especial hincapié en las relaciones e interacciones de familias en donde el sistema parental de trazo marcadamente narcisista, encubierto o abierto, tiene consecuencias nefastas para la prole. En dichas familias el papel parental de conocer las necesidades de la descendencia, con la finalidad de satisfacerlas, está invertido de tal forma que son los/las niños/as los que se encargan de conocer las necesidades parentales para satisfacerlas. Lo que caracteriza a estas familias es la comunicación indirecta, la triangulación, la falta de accesibilidad parental, los límites y barreras generacionales oscuros, la falta de autoridad. El perverso trazo común de estas familias es siempre el mismo: la primacía de las necesidades parentales sobre las necesidades de la progenitura. Así las necesidades de la prole no sólo son secundarias sino que se ven dañadas y comprometidas seriamente de tal manera que éstas no son conocidas ni por ellos/as mismos/as. El comportamiento de los infantes es evaluado siempre en términos de su impacto en el sistema parental. Con el tiempo, estos/as niños/as descubren que sus sentimientos tienen poco valor o más bien



tiene un carácter negativo. Comienzan por distanciarse de sus sentimientos, perdiendo así contacto con ellos. A menudo negar los sentimientos es funcional para ellos/as. En vez de comprender, reconocer y validar sus propias necesidades, estos/as niños/as desarrollan un exagerado sentido de su impacto en las necesidades de los padres, convirtiéndose así en el reflejo de las necesidades emocionales de estos. Estas necesidades se convierten en «*un blanco-móvil por el cual luchan por apuntar*» Donaldson-Pressman y Pressman, 1994: 6), desarrollando así un profundo sentido del fracaso. Los orígenes de este tipo de familia hay que buscarlos en el seno de la sociedad y de la cultura en la que estamos inmersos.

Finalmente en el manual francés de la escuela psico-orgánica, los autores Besson y Brault (1992), aunque sin centrarse en el personaje de Eco, analizan la complementariedad de la relación de ella con Narciso. Señalan la existencia de una problemática relacional complementaria al narcisismo:

«*en esta relación mortal, Narciso y Eco son extrañamente complementarios: en los ojos de Eco, Narciso no ve sino a él mismo mientras que Eco no tiene existencia propia, ella no puede hacer otra cosa que repetir lo que el otro dice*» (Besson y Brault, 1992: 194).

Este pequeño análisis revela que Eco no tiene una existencia propia. Su comunicación está limitada a repetir la del otro, a reflejarla. Eco es simplemente un espejo y no el otro relacional con autonomía propia. Se trata de una relación mortal en donde no solamente Narciso muere sino que también lo hace Eco. Si la relación es calificada de mortal es porque se trata de una relación de duelo a muer-

te, en donde la presencia mediatizada por la palabra, la ley, no existe. La mediación, en este contexto, sería la aceptación de la función de la ley; lo que en términos psicoanalíticos hace referencia a la función paternal: «...*la función paternal es en primer lugar la de facilitar esta separación del infante y de la madre. Esta función es sobre todo una función simbólica y por tanto tiene una relación con la Ley*» (Besson y Brault, 1992: 187). La dimensión plenamente humana «...*supone la confrontación y aceptación de la función de la ley en donde la referencia a un tercero, simbólico, es fundamental*» (Besson y Brault, 1992: 188). La relación de Eco con Narciso es una relación en donde reina la fusión; hay una incapacidad de encuentro en el sentido de que el encuentro se definiría por una estructura ternaria y no dual. Con la finalidad de que el sujeto pueda reconocer al otro como verdaderamente otro, diferenciado, el sujeto debe tener acceso a la función simbólica o cultural; proceso que pasa ante todo por una separación seguido de un duelo a partir del cual es posible establecer una relación hospitalaria con el otro: «*este reconocimiento de la alteridad pasa necesariamente por la experiencia de la separación (con la madre), de la experiencia del destete*» (Besson y Brault, 1992: 188-189). Eco está inmersa en una relación de tipo narcisista en donde ella se considera como una prolongación de Narciso, un espejo de éste. No podemos decir que no hay encuentro pues estaríamos en el terreno de la psicosis. Se trata de una relación en donde la existencia del otro no es percibida como tal sino como una prolongación de uno mismo. La alteridad no se concibe. El otro es considerado como objeto y no como sujeto.

A la luz de esta exposición, es de constatar que todos estos autores hablan de síntomas parecidos y de un escenario familiar particular. Ciertos autores han nombrado a esta problemática clínica como codependencia mientras que otros no han encontrado aún un nombre. Sin embargo, este síndrome, todavía mal conocido y poco reconocido en el dominio de la psicología, se ha quedado atrapado en el dominio de la toxicomanía bajo una rúbrica ambigua sin ser reconocido como tal, aunque clínicamente existe. La codependencia no es más un que un nuevo nombre para un viejo problema (Ells, 1990).

LA PARENTIFICACIÓN: EL CORAZÓN DE LA CODEPENDENCIA

A pesar de la gran dificultad para adoptar una definición sobre la codependencia, existe una unanimidad bastante consensuada sobre el carácter relacional de tal problemática. En el corazón de las relaciones codependientes –*addictive relationships*– se encuentra el concepto de parentificación (Olson y Gariti, 1993). La parentificación se entiende como una situación de inversión de papeles en la cual el/la niño/a es situado en el papel de abuelo/a o padre/madre de su propio progenitor. La parentificación implica una distorsión de una relación como si el/la niño/a fuera el otro progenitor. En la parentificación, es cuestión de una apropiación inadecuada de la autoridad parental, dando como resultado la interiorización en el/la niño/a de un sentimiento profundo de victimización y de injusticia. Lo que es importante revelar es que el/la niño/a se encuentra a menudo en el

papel de llenar el vacío de los progenitores. Concretamente, el/la niño/a cumple las funciones de uno de los dos padres (Boszormenyi-Nagy y Spart, 1973). Esta situación la encontramos a menudo en las familias monoparentales y disfuncionales.

Bowen (1978) cree que las dificultades relacionales de los padres que no han sido resueltas se canalizan a través de una relación de triangulación en donde el/la niño/a es uno de los vértices del triángulo. La incorporación patológica del/de la niño/a es necesaria para mantener la relación diádica parental y así el sistema familiar puede mantener su equilibrio.

Las consecuencias de esta parentificación del/de la niño/a son importantes y están relacionadas con la noción de pérdida y abuso. Así, la pérdida en el proceso de parentificación es particular. Para el/la niño/a parentificado/a, éste/a se convierte física y emocionalmente en cuidador/a –*caretaker*– de uno de sus padres o algún otro miembro familiar, produciéndose una pérdida real de su infancia. El/la niño/a entra rápidamente en el mundo de las obligaciones, orientado a la realización de tareas –*task-oriented activities*–, sacrificando su propio tiempo y esfuerzo mientras que, al mismo tiempo, sufre de la pérdida de ser cuidado por el progenitor del cual se encarga. Pero además, se produce un abuso denominado incesto psicológico ya que el/la niño/a es investido en tanto que cónyuge, pudiendo en algunos casos ir hasta el abuso físico – sexual– del mismo/a.

Boszormenyi-Nagy parte del principio de que los/as niños/as están ligados a sus padres, pues su supervivencia depende de ellos. Ocurre que en determinadas circunstancias



de negligencia, abandono o sobreprotección, el/la niño/a comprende que las necesidades de los otros, en este caso de los padres, adquieren primacía por encima de las suyas propias. Se trata de situaciones en las cuales el/la niño/a siente que si el progenitor no es apoyado (*maintained*), su propia existencia, es decir su yo más profundo (*self*), correrá serio peligro. Aquí empezamos a ver los comienzos de la confusión de límites o de fronteras generacionales entre los miembros de la familia, es decir el enmarañamiento (*enmeshed*) o en el lenguaje de la dependencia, la codependencia. Cuando el/la niño/a comienza a asimilar la ideología de que el otro es prioritario, o que está al servicio de los otros, la pérdida es fundamental: su propio yo (*self*), su persona. En su lugar, emerge un yo adaptativo que llegará a ser cada vez más real. En este sentido, las pérdidas del/de la niño/a durante este proceso son numerosas y variadas. Estas pueden incluir la pérdida de experiencias personales, tales como el afecto –*caring*– y la crianza –*nurturing*– por parte de los padres, así como otras formas de validación. Hay igualmente una pérdida de objetivos y de identidad. Una de las consecuencias más grandes de este desarrollo es la incapacidad para adquirir un sentido propio del valor personal. Cuando más tarde, una vez adulto, la persona experimenta la pérdida de alguien próximo como un cónyuge, la experimenta como una pérdida de sí mismo. Así, la ansiedad de separación, la depresión de abandono y mismo el suicidio son susceptibles de aflorar. Esta sintomatología indica generalmente muchas cosas: fallas a nivel de la diferenciación individual, posibilidad de la existencia de problemas de personalidad y soluciones extremas arraigadas en la propia familia de origen.

La persona rehén atrapada en este tipo de relaciones puede describir la experiencia de la pérdida del otro como sigue: "siento como si hubiera perdido una parte de mí mismo", "me siento como si no supiera quien soy ahora", "es como si la tierra desapareciera y estuviera suspendida, sin raíces", "es el vacío". Lo que pasa a menudo es que en este tipo de relaciones disfuncionales, el cónyuge codependiente intenta sostener al otro cónyuge con la finalidad de recibir aquello que no recibió de sus padres. La paradoja es que nunca llega ese momento.

Para las relaciones atrapadas en este círculo adictivo relacional, esta adicción tiene un sentido. La función subyacente de estas dinámicas repetitivas o compulsivas es instaurar la relación en su estadio original de desequilibrio –allí donde se produjo la falla– en el cual cada cónyuge puede entonces poner en práctica su papel adaptativo e históricamente confortable, mas sin embargo destructivo.

EL MITO DE ECO Y NARCISO

Nuestras lecturas sobre el fenómeno de la codependencia nos han llevado hacia el personaje mitológico de Echo en su relación con Narciso.

El mito de Narciso se encuentra en una colección de historias greco-latinas bajo el título de "Metamorfosis", completadas en el año VIII a. C. cuando Ovidio fue expulsado fuera de Roma por el emperador Augusto (Berman, 1990). Los historiadores de la literatura han recogido mucho sobre el tema de Narciso a partir de la poesía, el drama y la ficción con la finalidad de documentarse sobre el tema (Berman, 1990).

Si hemos tomado la versión del poeta latino Ovidio es porque esta versión del relato

mítico, además de ser antigua y clásica, se considera la más rica en detalles. De hecho ha sido la fuente de numerosas adaptaciones artísticas (Zwettler-Otte, 1990). El mito, tal y como escrito por Ovidio, representa una versión altamente estructurada y compleja (Zwettler-Otte, 1990). Sin embargo, hay versiones más antiguas –que Ovidio conocía ciertamente– y versiones posteriores (Zwettler-Otte, 1990). A pesar de ello, Ovidio pareció ser el primero en relacionar los dos mitos: el de Narciso y el de Eco (Hannan, 1992).

Ovidio era el poeta latino por excelencia. Su lugar en la historia de lo amoroso está asegurada por dos de sus libros: "Amores" y "El arte de amar" –*Ars Amatoria* (Bergman, 1984). El genio de este poeta reside en su fineza psicológica y el lazo narrativo que crea entre diferentes mitos.

El relato del episodio mítico de Eco y Narciso presentado aquí es una traducción castellana realizada a partir de la versión latina de "metamorfosis" de Ovidio (Alvarez e Iglesias, 1997).

«Contempla a éste, que azuza hacia las redes a los asustadizos ciervos, la habladora ninfa, que no aprendió a callar ante el que habla ni a hablar ella misma antes, la resonancia Eco. Hasta ahora, Eco era un cuerpo, no una voz; pero, parlanchina, no tenía otro uso de su boca que el que ahora tiene, el poder de repetir de entre

muchas las últimas palabras. Esto lo había llevado a cabo Juno, porque, cuando tenía la posibilidad de sorprender a las ninfas que yacían en el monte a menudo bajo su Júpiter; ella, astuta, retenía a la diosa con su larga conversación, hasta que las ninfas pudieran escapar. 365 Cuando la Saturnia se dio cuenta de esto, dijo: «De esa Lengua, con la que he sido burlada, se te concederá una mínima facultad y un muy limitado uso de la palabra», y con la realidad confirma las amenazas; ésta, sin embargo, duplica las voces al final del discurso y devuelve las palabras que ha oído. Así pues, cuando vio 370 a Narciso, que vagaba por apartados campos, y se enamoró, a escondidas sigue sus pasos, y cuanto más lo sigue más se calienta con la cercana llama, no de otro modo que cuando el inflamable azufre, untado en la punta de las antorchas, arrebató las llamas que se le han acercado. ¡Oh!, cuántas veces quiso acercarse con 375 lisonjeras palabras y añadir suaves ruegos! Su naturaleza lo impide y no le permite empezar; pero, cosa que le está permitida, ella está pronta a esperar sonidos a los que puede devolver sus propias palabras. Por azar el joven, apartado del leal grupo de sus compañeros, había dicho: «¿Alguno está por aquí?», y «está por 380 aquí» había respondido Eco. El se queda atónito y, cuando lanza su mirada a todas partes, grita con fuerte voz: «¡ven!»; ella llama a quien la llama. Se vuelve a mirar y de nuevo, al no venir nadie, dice: «¿Por qué me huyes?», y tantas veces cuantas las dijo, recibió las palabras. Insiste y, engañado por la reproducción de la 385 voz³ que le contesta, dice: «En este lugar reunámonos⁴ y Eco, que nunca habría de responder con más agrado a ningún sonido, repitió: «¡¡unámonos!»⁵, y ella misma favorece sus palabras y, saliendo de la selva,

³ «*Imago vocis es el modo de llamar al eco en latín y en griego. En tal junta se ve perfectamente la unión visión-sonido*». (Alvarez e Iglesias, 1997; 285).

⁴ *Aquí he traducido directamente de las versiones francesas e inglesas que dan más fidelidad del cambio de sonidos que hace que Narciso se siente engañado pues ya no es la imago vocis, sino los deseos de Eco los que se manifiestan por esta pequeña alteración de sonidos.*

⁵ *Las versiones francesa e inglesas, parecen traducir el término latino coeamus –en su doble sentido de "reunirse en un lugar" y de "unirse amorosamente" (coitus)–, por unirse».*



arrojando⁶ sus brazos al deseado cuello. Huye él y, al 390
 huir, aleja las manos del abrazo. «Moriré antes», dice,
 «de que te adueñes de mí». Ella no repitió nada a no
 ser «te adueñes de mí». Despreciada se oculta en el bos-
 que y avergonzada cubre su cara con ramas, y a partir
 de entonces vive en solitarias cuevas; pero, sin embar- 395
 go, el amor está dentro y crece con el dolor del recha-
 zo; y las insomnes preocupaciones amenguan su cuer-
 po que mueve a compasión, la delgadez contrae su
 piel, y todo el jugo de su cuerpo se va hacia los aires;
 solamente le quedan la voz y los huesos; permanece la
 voz; cuentan que los huesos adoptaron la figura de
 una piedra. A partir de ese momento se oculta en los 400
 bosques y no es vista en montaña alguna, es oída por
 todos: el sonido es el que vive en ella».

ANÁLISIS DEL MITO

La narrativa literaria mitológica de Eco se estructura en tres partes: el castigo de Juno a Eco (primera metamorfosis), la relación de Eco con Narciso, y finalmente la conversión de Eco en sonido después del rechazo de Narciso a Eco (segunda metamorfosis).

ECO Y EL ESPECTRO FAMILIAR

En esta parte de la narrativa, tenemos una rica descripción de la dinámica familiar. Mientras que Júpiter, esposa de Juno y padre de Eco, se abandonaba a los juegos amorosos con las ninfas de la montaña, hermanas de Eco, Juno (madre de Eco) lo intuía y quería saber qué ninfa concretamente era con la que su esposo se divertía. Eco, tan habladora, distrajo y divirtió incluso a Juno, de manera que durante ese tiempo las ninfas pudieran escaparse. Juno se da cuenta de lo que Eco intentaba hacer y en consecuencia, le condena a la

ecolalia. El castigo de Juno es así una regresión hacia un estado anterior del desarrollo, es decir una vuelta al estado natural de la palabra humana. La ecolalia es una fase propia del desarrollo del infante (Barclay, 1993) y que debe desembocar en el desarrollo de la palabra. Al respecto, subrayar que el término infante viene del latín *infans* que quiere decir 'sin palabra'. Esta fase ecótica comienza hacia los cuatro o cinco meses, es decir durante la fase simbiótica con la madre. Esta fase se comprende como una apertura al mundo, una receptividad hacia los sonidos del ambiente; sonidos indiferenciados, aunque se ha demostrado que el infante distingue algunos de ellos.

Pero por otro lado, la ecopatía es una patología adulta caracterizada por la repetición idéntica de fragmentos después de la emisión de palabras hecha por otro y que se observa en ciertos estados psicológicos de confusión. El origen de esta patología parece hallarse en un estado de privación (Barclay, 1993). Elkisch (1957) aborda la significación psicológica del espejo y establece una relación entre esta significación y el fenómeno ecótico representado por el personaje mítico de Eco. Al parecer, este desarrollo patológico emerge de una fijación narcisista hacia la madre.

¿Qué significa el castigo de no poder iniciar una conversación? En esta primera metamorfosis, la condena a repetir las últimas palabras de la frase de los otros tiene consecuencias importantes. El pasaje de la conversación a la ecolalia significa una regresión importante. Significa igualmente una naturaliza-

⁶ Una vez más utilizo las traducciones francesas e inglesas.

ción de la palabra, es decir el lenguaje humano se transforma en lenguaje natural –balbuceo– que consiste en emitir sonidos sin significado y dirección claros, lo que imposibilita el ser reconocido por lo otros. De esta manera, Eco no puede responder ni por el silencio, único espacio en donde la palabra del otro puede emerger, ni dirigirse a otro en primer lugar. En consecuencia, el castigo va en «... *dirección inversa al proceso de subjetivación*» (Lafond, 1991: 1641). Dado que la humanidad del ser se adquiere en conversación con el otro dentro de un contexto intersubjetivo o interrelacional, Eco no podrá adquirirla y su proceso de humanización quedará comprometido. Sin palabra no hay expresión y sin ésta, no hay existencia humana. La pérdida de iniciativa al diálogo en Eco es la pérdida de la capacidad de dirigirse y en consecuencia de construir una relación intersubjetiva y hospitalaria con el otro, en definitiva, de construir una morada humana. En esta pérdida de la capacidad dialógica hay igualmente una imposibilidad de escucha del otro, lo que significa una imposibilidad de recibir al otro en tanto que invitado para ofrecerle la hospitalidad.

Hacemos un paréntesis para especificar que la conversación de Eco antes del castigo era un hablar, es decir un hablar desmesurado, en abundancia, cuya finalidad era no comunicar nada sino entretener. Esta manera de hablar, lejos de revelar al sujeto hablante como es el caso de la palabra dirigida (Arendt, 1961), lo que hace es aturdir al otro, dejándolo fuera de juego. Se trata más bien de una palabra compulsiva que sirve para confundir y aturdir al otro. Se trata de un discurso vacío, un monólogo. Las palabras no revelan nada del sujeto hablante. Se trata de

una palabra que, habiendo perdido su sentido específico de formar una comunidad humana, una unión, deviene un medio y no un fin en sí mismo. Ello se produce cuando se está por o contra alguien (Arendt, 1961). En este caso podríamos decir que Eco estaba contra Juno y con Júpiter y sus hermanas. Todo ello nos deja entrever conflictos entre los esposos, entre Eco y Juno y finalmente entre Eco, Juno y Júpiter.

Por otra parte, Eco está condenada a seguir al otro de cerca para que pueda repetir fielmente sus palabras. En otros términos, Eco no podrá mantener una distancia propia e inherente al diálogo, sino que es condenada a una relación simbiótica con el otro; una relación en donde haya fusión entre ella y el otro.

El castigo implica también una falta de iniciativa en la acción de ella. Ella no actúa sino que reacciona al otro, repitiendo las palabras: Eco es reactiva. En psicología, la reacción es del orden de la impulsividad y de la inmediatez (Le Petit Robert, 1991). La impulsividad es 'actuar' según la impulsión del movimiento donde los actos no son reflexionados sino espontáneos en el sentido de naturales, instintivos, es decir fuera del contexto de la conversación humana. En otras palabras, son actos involuntarios, automáticos, maquinales, reflejos.

La noción de inmediatez hace referencia a carentes de mediación, sin espera. La inmediatez es del momento presente. Inminente, de *imminere*, quiere decir amenaza. Se trata pues de una reacción ante la proximidad del otro concebida como amenaza y, en este sentido, lo es puesto que no hay mediación alguna entre ella y el otro. Se trata de una proximi-



dad en donde ambos personajes pierden los límites. Se trata de una relación no intencionada, no dirigida, en bruto.

¿Porqué Eco toma el papel de distraer a Juno? ¿porqué Eco no mantiene relaciones sexuales con Júpiter como lo hacen sus otras hermanas? Ovidio nos muestra aquí una ninfa de la montaña, Eco, que no participa directamente de los juegos amorosos de su padre y sus hermanas pero que los favorece de manera indirecta. Para ella, parece más importante retener a Juno que dejarse ir ella misma a una aventura amorosa con Júpiter. Eco, de alguna manera, evita los contactos sexuales íntimos con los hombres y ello se refleja claramente en otras versiones más antiguas del mito de Eco. En éstas, Eco tiene un gran admirador; Pan, el dios de los bosques y las praderas. Pan castiga a Eco por su rechazo a unirse a él a ser desmenuzada por otros pastores. Eco rehusa unirse a otro hombre y, de hecho, en la elección de Narciso no habrá consumación sexual con él.

Por otro lado, Eco tiene una gran compli- cidad con Júpiter manifiesta en el hecho de que protege su placer. Pero ¿dónde se sitúa su propio placer? En el grado de placer de Júpiter primero, de las ninfas en segundo lugar y finalmente en el de Narciso, la búsqueda afectiva de Eco «... toma el camino de la gratificación narcisista del otro» (Lafond, 1991: 1642). En otras palabras, Eco no parece tener un placer propio sino que éste parece ser el de satisfacer el de otros, incluyendo su madre, pero también veremos que se trata de una satisfacción indirecta.

JÚPITER Y JUNO

Júpiter es un ser divino, un dios en la mitología griega, que se caracterizaba por sus in-

numerables relaciones sexuales extraconyugales con mujeres más jóvenes. Tenemos aquí el personaje de un megalómano con dificultades importantes ante la intimidad relacional, confundida con la intimidad sexual. Un personaje que necesita constantemente esa juventud perdida que no deja de anhelar en otros. En todo ello reconocemos marcados trazos narcisistas en la figura del dios Júpiter:

Juno, en la mitología griega, ha sido descrita en general de manera poco halagadora. Mujer extremadamente celosa, justificado en parte por las numerosas mujeres "honoradas" por Júpiter. Es descrita como una mujer colérica y rencorosa pues jamás olvida una injuria. Está persuadida de que los hombres son más felices que las mujeres y tienen mayor placer (sexual). De alguna manera, ella envidia a los hombres. En la mitología, Juno es la diosa protectora del matrimonio y se ocupaba especialmente de las mujeres casadas (Hamilton, 1962), protegiendo la integridad de sus hogares.

La relación entre los esposos no parece ser una relación recíproca puesto que Juno mantiene una relación de espía hacia su marido. Eco, por iniciativa propia, se interpone entre Juno y Júpiter y se convierte en una especie de chivo expiatorio entre aquello que es causa de litigio entre los esposos. Estamos ante la dinámica familiar en donde la triangulación hace acto de presencia. Éste fenómeno se define como «una pauta de comunicación utilizando a una persona como intermediario» (Friel y Friel, 1988: 74). Eco ejerce una función particular en la economía psíquica parental, con lo cual ella no es una persona autónoma y diferenciada:

«en particular el mito nos dice [...] que cuando hay una conexión ausente [...] entre padre y madre (Juno y Júpiter), la hija estará abocada a un papel de mediador en una alianza-estructura triangular, sirviendo como un afecto-puente entre ambos progenitores [...] y al mismo tiempo aportando un portavoz o canal para el deseo no expresado de la madre que es el de conectarse con su marido y su vida» (Kalsched, 1980: 55).

El término 'mouthpiece' se refiere a un medio para expresar las opiniones de otros. De hecho, en la etimología del término eco encontramos esta noción de portavoz, particularmente en el periodismo, en donde el término eco tiene la significación de propagación de una noticia. En este sentido, el término eco es concebido como un agente de difusión indirecto. Dicho de otro modo, el eco es la voz de la opinión (pública) de alguien y en ciertos países encontramos hoy esta apelación en un periódico donde las pequeñas noticias circulan.

«Como puente mediador en la indiferenciada atmósfera de dicho ambiente familiar, la hija nunca desarrolla su propia diferenciación interna y autonomía» (Kalsched, 1980: 55). En tanto que alma o principio del sistema familiar; Eco «... nunca llega ella misma a tener su propia ánima, a encarnarla» (Kalsched, 1980: 55). Dicho de otro modo, «nadie ha sido jamás eco de Eco» (Lafond, 1991: 1642). El alma es el principio, el fundamento, el origen, la fuente y no hay otro principio o fuente anterior. Así, comprendemos que el principio humano, el origen, reside en la mediación simbólica de una relación intersubjetiva con el otro, pero este principio no está encarnado por una persona dentro del sistema familiar sino

por la cultura, lo simbólico entre las diferentes relaciones que se tejen en la familia. Sin embargo, en este tipo de familias, la persona que juega el papel de portavoz es elevada a la categoría de principio o fuente familiar; de ahí su sensación de no ser percibida por nadie ni nada y en consecuencia su sentido de desarraigo.

El mito nos ofrece una imagen apropiada de «la injuria narcisista oculta en la persona» (Kalsched, 1980: 57) de Eco. En otras palabras, Eco «es el núcleo oculto, herido que nunca ha encontrado una voz real o sustancia encarnada en el mundo» (Savitz, 1986: 332).

Júpiter mantenía relaciones sexuales con las hermanas de Eco, y Juno es la madre de Eco. En definitiva, podemos hablar de un entorno familiar en donde el incesto está presente. Sin embargo, Eco no es la persona incestuada directamente, sino sus hermanas. En la narrativa, Eco defiende a su padre y el acto incestuoso de Júpiter hacia sus hijas (hermanas de Eco). De alguna manera Eco desvía el deseo de su madre y defiende a su padre de la intrusión maternal. Este detalle de la narrativa, concerniendo la complicidad padre-hija, identifica a Eco como la niña de sus ojos. Eco mantiene una alianza secreta con su padre y forman así una coalición contra la madre, aunque el precio a pagar por el servicio prestado a Júpiter resulta muy caro. Eco lo paga con la pérdida de su alma, de su palabra, de su psique.

La transgresión del tabú del incesto entre Júpiter y las ninfas, la intromisión de Eco en el conflicto parental y las coaliciones familiares nos hablan de un entorno poco diferenciado, en donde las diferencias transgeneracionales están borradas.



A pesar del castigo del cual Eco es objeto, ella no maldice ni a Júpiter ni a Juno, lo que plantea interrogantes. Eco guarda el secreto sin decir nada, sin defenderse, tomando el castigo como si ella fuera verdaderamente la culpable, como si ella lo mereciera realmente.

ECO Y NARCISO

El primer elemento que nos llama la atención en el mito es el deseo de Eco por Narciso. Se trata de un deseo ardiente, la pasión amorosa que nos hace ir hacia el otro. Este movimiento implica un oscurecimiento de las diferencias, una fusión. Se trata de un mundo en donde hay una supresión temporal del deseo de ser reconocido. Este mundo representa la indiferenciación, en donde la emergencia del ser humano en tanto que sujeto y, por lo tanto, diferenciado del otro no es posible (Jager, 1997). Para que el sujeto pueda manifestarse en su plena subjetividad debe haber un umbral a atravesar, una distancia creadora que permita una relación intersubjetiva (Jager, 1997). La creación de este umbral se hace posible por la distancia tomada con respecto a nuestras necesidades y deseos inmediatos, cediendo así un espacio al otro. Ello hace posible la emergencia de la intersubjetividad, en donde el encuentro pueda tener lugar a partir de la instalación de un umbral que abre así la puerta al diálogo (Jager, 1997). Sin embargo, Eco no puede establecer un diálogo, puesto que ella está condenada a repetir sonidos, palabras, es decir a espiarlas.

Un elemento importante a subrayar nos lo da el hecho de que Narciso pide la presencia de alguien. En efecto, en el mito, Nar-

ciso vaga, pues se encuentra separado de sus compañeros. Este sentimiento de soledad le confunde. Narciso se siente perdido, confuso y, ante este estado, pide la presencia de alguien, de ese otro que pueda aclararle. Ovidio nos pone aquí ante la realidad humana de la presencia del otro, como el elemento de encuentro verdadero y real de uno mismo. La presencia del otro en un espacio salvaguardado por un umbral, nos estructura, nos ilumina de manera que podamos salir de la confusión, del caos. De este encuentro emergen dos subjetividades diferenciadas y autónomas. Es en este sentido que la relación con el otro es la condición humana del ser. Sin el otro en tanto que invitado, estamos perdidos, confusos. Pero para el encuentro es necesario realizar el sacrificio de distanciarse de uno mismo y entregarse al otro, a su encuentro, creando así una apertura.

Narciso, sin querer realizar este esfuerzo, espera del otro que lo saque de la confusión, del caos en el que se encuentra. En realidad Narciso pide la presencia del otro, pero no como invitado, sino como prolongación de sí mismo, para algo concreto. En este desencuentro, Narciso no busca la conversación festiva, el diálogo con el otro, su presencia, sino él mismo. Es del orden del monólogo. Narciso, en el mito busca el reflejo de sí mismo en el otro. Pero para ello, el otro tiene que ser transparente, no puede existir. Pide al otro que sea su espejo para que él pueda constituirse como persona pero «... este reflejo es la comunidad humana a la cual él pertenece quien se la da» (Laborit, 1976: 76). Entendemos que Narciso no fue reflejado, reconocido por esta comunidad humana, comenzando por la familia, pues es un hijo ilegítimo fruto de una violación. Por ello, Nar-

ciso prefiere la ilusión del otro al otro realmente, pues el otro sería su alteridad y no su imagen. En realidad Narciso no puede enamorarse del otro pues ello significaría que el otro no es él, no es su imagen, sino su diferencia, su alter-ego. Narciso está todavía en la búsqueda de su propia individualidad, de su propia identidad y la diferencia, en estas circunstancias, es concebida como una amenaza para su fin. El rechazo de Narciso por Eco no es más que el rechazo de la diferencia, el rechazo del otro en tanto que sujeto, pues su propia identidad se siente amenazada de desaparecer, de fragmentarse.

En el mito, Narciso es seducido por esa copia sonora exacta de sus palabras y por ello, pide a Eco que se manifieste. Eco, enamorada de Narciso, le seguía por todas partes sin que él lo sepa, pero al no poder iniciar una conversación, se mantiene a la espera de que éste pronuncie algunas palabras. Cuando lo hace y escucha sus propias palabras, Narciso creyó que alguien le respondía. Narciso tomó esa repetición por una respuesta. Es esta perfecta empatía de Eco la que seduce a Narciso, quien así se acercaba a su sueño, a su ideal.

Llegados a este punto, queremos subrayar algunos puntos importantes. El primer punto hace referencia a la corporeidad de Eco. En el mito, Eco aparece corporalmente sólo cuando Narciso le propone reunirse. Hasta ese momento, y después, Eco se escondía en los bosques, escuchándose de ella sólo la voz. Luego su presencia se anunciaba por la voz.

El segundo punto, si prestamos atención a la narrativa, es que ante la proposición de Narciso para reunirse, Eco repetirá solamente la palabra unirse, cuya connotación es total-

mente diferente. De esta manera, Eco puede manifestar su propio deseo de intimidad sexual con Narciso (Hannan, 1992). Con ello, Eco rompe la imagen sonora perfecta enviada para seducirle y se presentará ella misma como siendo el otro diferente con corporeidad e iniciativa. De alguna manera rompe el contrato relacional existente entre ambos.

Tercero, Eco estaba ya enamorada de Narciso antes de que éste la reclame en su presencia. De hecho, Eco le seguía furtivamente, esperando una oportunidad para repetir sus palabras y así manifestarse. Eco espía a Narciso y cuando puede, salta a abrazarlo como cualquier cazador que espera su presa. De alguna manera, Eco hace lo mismo que Juno: espíar y saltar cuando la presa cae en la trampa. El espionaje representa aquí la modalidad de interacción unilateral, un amor de una sola dirección.

Cuarto, el amor de Eco por Narciso crece y se retro-alimenta. El hecho de seguirle y espíarle de cerca alimenta su amor por él. No es pues el contacto con él lo que alimenta su amor. Lo que alimenta su amor hasta quemarla de pasión es la distancia, la espera. Parece pues un amor idealizado, fantaseado puesto que el otro real no está presente.

La ambigüedad de la relación se manifiesta en diferentes contextos de la narrativa mítica. Al respecto, hemos destacado el cambio de palabras –unión por reunión–, cambiando así el contrato relacional –de imitar por presentarse. Hemos destacado también el gesto de aproximación rápido que hace Eco, el cual no deja espacio ni tiempo para una respuesta del otro. Echarse al otro abrazándole es un gesto sin autorización del otro; lo que hace



que este gesto tenga una connotación de asalto, de ataque, de fuerza. No es una invitación a amar al otro. Parece más del orden de un raptó. Finalmente, Narciso se siente decepcionado por esa imagen sonora, esa voz que al alternar, cambia el propósito del encuentro que él proponía: «*alternae deceptus image vocis*» (Hannan, 1992). En esta relación ambigua vemos que cada uno pretende presentarse al otro, con una demanda personal. Por un lado está Narciso, con su necesidad de fusionarse con el otro, con la finalidad de que este otro le refleje. Se trata de una relación maternal pues el papel de la madre es esencialmente el de ser el espejo del infante. La demanda de Eco es también clara: pretende la unión marital con el otro sin que éste pueda decidir. La necesidad del otro parece así un imperativo más que un deseo.

El nudo del drama entre Eco y Narciso se sitúa justamente en el momento en donde intercambian el contrato relacional. La no reciprocidad del intercambio es puesta en evidencia cuando Narciso, escapando del abrazo de Eco, le dice: "moriré antes de que te adueñes de mí"⁷. A lo cual Eco responderá "te adueñes de mí"⁸.

Etimológicamente y, en este contexto, el término "*copia*" hace referencia a la plenitud —en el sentido de abundancia (Bremkman, 1976)— que se siente ante el otro. La presencia amorosa del otro satisface el deseo del ser humano de sentirse completo. Nos hace sentirnos vivos, plenos, satisfechos. En este sentido, Narciso rechaza no solo la relación con el otro, sino ese sentimiento profundo

de unión y de satisfacción que se alcanza con el otro. Por su parte Eco, a pesar del rechazo, acepta dar, ofrecer su presencia sin respuesta del otro y, en consecuencia, tampoco conseguirá satisfacer su deseo de plenitud ya que no hay reciprocidad en la relación. Eco, a pesar del rechazo, continúa amando a Narciso. Pero si prestamos atención al texto, Narciso no pudo escuchar las últimas palabras de Eco, o lo que es lo mismo, Eco habló sin auditorio, sin que nadie la escuchara.

La complementariedad de estas dos dinámicas relacionales ha sido puesta en evidencia en esa relación interpersonal. Este episodio mítico testimonia la gran sensibilidad de Ovidio «*hacia su gemelidad y hacia una falta de un yo consistente en el narcisismo*» (Savitz, 1986:332).

NARCISO

En este episodio del mito, encontramos a Narciso a la edad de 16 años, es decir en plena adolescencia. En cuanto a su apariencia, nos da la impresión de ser, en parte, todavía un niño y por otra un hombre. Sin embargo, en el mito se le considera un niño ("*puer*") de aspecto andrógino.

Su contacto con los jóvenes de su edad, que le encontraban por otra parte muy deseable, se caracterizaba por una actitud arrogante. De hecho Ovidio habla de "*dura superbia*" (Zwettler-Otte, 1989), es decir un orgullo sólido. Los otros no le conmovían (Zwettler-Otte, 1989). Ya se anuncia en Narciso una falta de contacto con los otros. Sin

⁷ "*Quam sit tibi copia nostri*".

⁸ "*Sit tibi copia nostri*".

embargo parece desear ardientemente la proximidad física de los otros, puesto que la busca.

Cuando Narciso muere, su cuerpo desaparece y en su lugar se encuentra una flor: el narciso. Se trata de una flor que, como consecuencia de su efecto tóxico, simboliza el entorpecimiento de la muerte «... *pero de una muerte que no puede ser más que un sueño*» (Chevalier y Grant, 1982:658).

El término narciso tiene su raíz en la palabra griega *narké*, de donde viene el término narcosis, que quiere decir embotamiento. Dicho término hace referencia a una «ralentización de las funciones vitales» (Le Petit Robert, 1991), a una «disminución de la sensibilidad, de la actividad sin pérdida de consciencia» (Le Petit Robert, 1991). También revela igualmente una ralentización de la actividad psíquica: abatimiento, inacción, depresión. En el dominio médico, el término narcosis —de donde viene narcótico— hace referencia a un «sueño provocado por la acción de narcóticos, de anestésicos» (Dictionaire ethymologique Quillet de la langue française, 1959: 1253).

A partir de este término griego *narké* vamos a profundizar en este personaje mítico de Narciso y que tiene su corolario, como lo vamos a ver en la figura del toxicómano. Como hemos visto el término griego *narké* describe un importante trazo de personalidad, a saber, aquel que vive en un sueño, vive anestesiado. Esta anestesia de la vida caracteriza pues este tipo de personalidades. Tal y como lo hemos visto, Narciso es un personaje mítico que representa el repliegue sobre sí mismo debido a una incapacidad para ver al otro en tanto que alter. Busca al otro

como una prolongación de sí mismo, un espejo para así confirmar su propia existencia y sacarle del caos y de la confusión en la que se encuentra. De ello se deriva una especie de sueño o letargia profunda que bien puede tratarse de la depresión.

El término de letargo viene del griego *lethargos* y hace referencia al mito del río mítico de los griegos *Lethe*. En el mito, aquel que bebía demasiado del agua de este río era inducido a un estado letárgico, de tal manera que olvidaba la tarea humana de atravesar el río de un lado al otro. Este término, contenido en el de *narké*, nos indica un alto en el movimiento de atravesar el río, movimiento que suponía la humanización del ser (Jager, no publicado).

En el mito, hemos visto que Narciso buscaba a alguien próximo a él pues se había perdido de sus camaradas. La búsqueda del otro aparece aquí motivada no por el deseo de encuentro con el otro, sino de salir de la confusión en la que se encontraba. El otro aparece aquí como un instrumento que le ayudará a salir de su propia paradoja. Nos encontramos así con la utilización del otro para sus propios fines. Necesita del otro para verse, para ser confirmado en su propia existencia. En este sentido, el otro es transparente para él. Por otro lado, Narciso se presenta en el mito como un ser que necesita ayuda, que sufre de su inexistencia. La herida de Narciso está en el terrible sentimiento de impotencia en cuanto a la inaccesibilidad de su amor, representado en la narrativa bajo el tema del espejo. El tópico de la metáfora del espejo abre un amplio y profundo tema concerniente al doble, a la sombra y a la pérdida de su propia alma (Elkisch, 1957), es decir su



muerte. La búsqueda constante de sí mismo a través del reflejo que el otro le puede procurar, nos lleva a su enorme necesidad de ser reflejado para que pueda desarrollar su sentimiento de estar en el mundo. Sin embargo, esta indiferencia que siente por el otro es lo que le da el sentimiento de estar perdido. A partir de este sentimiento de que algo le falta, busca al otro para llenar el vacío.

La anestesia, la depresión, el letargo parte del hecho de que no puede realizar ningún encuentro con un *alter*, es decir con un sujeto diferente de él, lo que le procuraría un sentimiento profundo de tener un sitio legítimo, una morada propia. Narciso se encuentra paralizado, no hay movimiento hacia el otro. Utilizando la metáfora del río griego *Lethe*, no es capaz de atravesar el río e ir al otro lado.

En el término griego de narciso se encuentra la raíz griega *narké* de donde deriva narcótico, droga. Sabemos por numerosos estudios y relatos clínicos que la depresión se encuentra subyacente en el fenómeno de la toxicomanía. El abuso de las drogas sirve para anestesiar una parte dolorosa de la persona que consume, una especie de vacío. La droga deviene un medio de aliviar el sufrimiento interior; la falta de encuentro con el otro. Narciso, por todo lo expuesto hasta ahora, representa la metáfora de la condición del toxicómano o adicto situado en el registro nosográfico del narcisismo (Bergeret, Leblanc et al., 1984).

CONCLUSIONES

El mito presentado aquí, bien que imaginado en una época que no es la nuestra, pue-

de perfectamente corresponderse con la realidad contemporánea que se manifiesta en el terreno de las adicciones.

El entorno familiar de Eco se nos dibuja como un entorno altamente disfuncional en el sentido en que los autores Donaldson-Pressman y Pressman (1994) han definido la noción de disfunción familiar. Según estos autores, la disfunción reside en el sistema parental de la familia, es decir aquella en donde las necesidades parentales se anteponen a las de los hijos, concebidos como meros instrumentos de satisfacción parental. Esta estructura familiar es la bautizada por estos autores como familia narcisista. El mito nos revela cómo las necesidades del padre se han antepuesto a la de su progenitura y cómo el conflicto entre los padres toma un cariz prioritario al punto de producirse una triangulación. Las fronteras generacionales se borran, desapareciendo así cualquier límite que pueda proteger y defender la seguridad y la identidad de los infantes. Aunque el padre no presenta antecedentes de toxicomanía, el incesto está bien presente en la narrativa.

Los papeles se han invertido en cierto modo, de tal manera que el padre ha pasado a ser el niño que necesita satisfacer sus particulares necesidades sexuales extraconyugales, las hermanas han pasado a desempeñar ciertas funciones de esposa y la madre, que parece la única autoridad que queda vigente, la utiliza castigando a Eco en vez de resolver el problema con quien en realidad lo tenía, que es su marido. La madre de Eco estaba primeramente centrada en la vida amorosa del padre. Esta aparece como su principal preocupación. De hecho, en la mitología, ella está

considerada como la diosa protectora del matrimonio y no de la familia o de la descendencia.

La elección de Narciso como pareja nos parece relevante pues ello ya implica una insatisfacción de los deseos de Eco de entrar en una relación íntima. Si en algo se asemejan Júpiter y Narciso es en ese trazo infantil de permanente juventud en el cual ambos nadan. Ambos personajes son incapaces de acceder a una relación íntima madura. Ambos se presentan como unas personas centradas en sus propias necesidades y perciben al otro como una prolongación de ellos mismos. Narciso representa tanto al cónyuge adicto como al sistema parental, el cual, por diferentes razones, —en este caso incesto, toxicomanía y conflictos parentales— están involucrados en la satisfacción de sus propias necesidades. Eco representa el otro cónyuge así como la progenitura intentando ganarse el amor y la aprobación de la otra parte del sistema, convirtiéndose así en un reflejo reactivo de las necesidades de los otros sin desarrollar la habilidad para encontrar su propia expresión, es decir reconocer sus propios deseos y necesidades y desarrollar estrategias para alcanzarlos.

En definitiva, la narrativa de Narciso y Eco se revela como una impactante alegoría de las relaciones de una familia narcisista en donde se origina la codependencia. Un síndrome de personalidad cuyo cariz endógeno le hace vulnerable a ulteriores relaciones disfuncionales.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarez, C. e Iglesias, R. M. (1997). *Metamorfosis*. Cátedra. Madrid.
- Arendt, H. (1961). *La condition de l'homme moderne*. Calmann-Lévy. Paris.
- Barclay, M.W. (1993). The Echo Phase. *Journal of Phenomenological Psychology*, vol. 24(1), pp. 17-45.
- Barrientos J.L. (1996). *El lenguaje literario*. Arco. Madrid.
- Berman, I. (1990). Introduction: Narcissus Revisited: From Myth To Case Study. En New York University Press (Ed.), *Narcissism and the Novel* (pp. 1-10). New York.
- Bergeret, J.; Leblanc, J. et al (1984). *Précis des toxicomanies*. Masson. Paris.
- Cleveland, M. (1987). Treatment Of Codependent Women Through The Use Of Mental Imagery. *Alcoholism Treatment Quarterly*, vol. 4 (1):27-40.
- Bergman, M.S. (1984). The Legend Of Narcissus. *American Imago*, 41(1):389-411.
- Besson, J. y Brault, Y. (1992). Du narcissisme à l'hystérie. En Boyessen, P. et al. (ed). *Manuel d'enseignement de l'EFPO* (tomo 2) (pp. 178-234). Ecole Française d'Analyse Psycho-Organique. Savardun.
- Bilodeau, A.M. (1993). Joseph Campbell: le jeu de l'éternité dans le temps. En Ménard, G. (ed.). *Le métissage des dieux* (pp. 183-203). Universidad de Québec en Chicoutimi. Canadá.
- Bowen, M. (1978). *Family Therapy in Clinical Practice*. Jason Aronson. New York.
- Boszormenyi-Nagy, I. y Spart, G.M. (1973). *Invisible Loyalties*. Brunner/mazel. New York.
- Cermak, T.L. (1986). *Diagnosing And Treating Co-Dependency*. Johnson Institute Books. Minneapolis. Minesota.



- Cermak, T.L. (unpublished). *Psychiatric Perspective on Co-Addiction*. Submitted to the Principles of Addiction Medicine, American Society of Addiction Medicine.
- Cermak, T.L. (1991). The Relationship Between Codependence And Narcissism. En T. M. Rivinus (ed). *Children of Chemically Dependent Parents: Multiperspectives From the Cutting Edge* (pp. 131-152). Brunner/Mazel. New York.
- Dictionnaire étymologique Quillet de la langue française, 1959.
- Donaldson-Pressman, S.Y Pressman, R.M. (1994). *The Narcissistic Family*. Lexington Books. New York.
- Elkisch, P. (1957). The Psychological Significance Of The Mirror. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, vol. 5(2), pp. 235-244.
- Ells, A. (1990). *One-Way Relationships*. Thomas Nelson Publishers. Nashville.
- Freud, S. (1914). On Narcissism: An Introduction. En Sandler; Persone y Fonagy (1991). *Freud's On Narcissism: An Introduction* (pp. 3-32). Yale University Press.
- Friel, J. C. y Friel, L. D. (1988). *Adult Children. The Secrets Of Dysfunctional Families*. Heath Communications, Inc. Deerfield Beach, Florida.
- Haaken, J. (1993). From Al-Anon to ACOA: Codependence And The Reconstruction Of Caregiving. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 18(2): 321-345.
- Hamilton, E. (1996). *La mythologie*. Marabout. France.
- Hannan, M. (1992). A psychoanalytic Interpretation Of Ovid's Myth Of Narcissus And Echo. *Psychoanalytic Review*, vol. 79(4): 555- 575.
- Horney, K. (1942). *Self-Analysis*. Norton Press. New York.
- Horney, K. (1950). *Neurosis In Human Growth*. Norton. New York.
- Jackson, J. K. Y Kogan, K. L. (1963). Personality Disturbance In Wives Of Alcoholics. *Quarterly Journal of Studies on Alcohol*, vol. 24: 227-283.
- Jacques, F. (1982). *Différence et subjectivité*. Colección Analyse et raisons. Aubier Montagne. France.
- Jaeger, W. (1996). *Paideia*. FEC. Madrid.
- Jager, B. (unpublished). *Mythic And Scientific Narrative: Freud And Plato*.
- Jager, B. (unpublished). *Concerning A Mythic Cosmos And A Natural Scientific Universe*.
- Jager, B. (1997). Human Subjectivity And The Law Of The Threshold. En Ron Valle (ed.). *Phenomenological and Humanistic Perspectives* (pp. 87-107). Plenum Press. New York.
- Kalsched, D. (1980). Narcissism And The Search For Interiority. *Quadrant*, vol. 13, pp. 46-74.
- Laborit, H. (1976). *L'éloge de la fuite*. Gallimard. Paris.
- Lafond, C. (1991). La mytho d'Echo ou l'impossible sujet. *Revue française de psychanalyse*, vol. 6: 1639-1644.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1973). *Vocabulaire de la psychanalyse*. Presses Universitaires de France. Paris.
- Lawlor, E.M. (1992). Creativity And Change: The Two-Tiered Creative Arts Therapy Approach to Co-Dependency Treatment. *The Arts in Psychotherapy*, vol. 19: 19-29.
- Lyon, D. y Greenberg, J. (1991). Evidence Of Codependency In Women With An



- Alcoholic Parent: Helping Out Mr. Wrong. *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 61(3):345-354. MacGregor, C. (1991). Conspiring With The Addict: Yvonne's Co-dependency In Under The Volcano. *Mosaic: A Journal For The Interdisciplinary Study*, vol. 24(3):145-162. 349.
- Martí, O. (1997). *Todo lo que quisiste saber sobre la dependencia a las drogas y nunca te atreviste a preguntar*. Hiru. Navarra.
- Masterson, J. (1981). *The Narcissistic and Borderline Disorders: An Integrated Developmental Approach*. Brunner/Mazel. New York.
- Masterson, J. (1993). *The Emerging Self. A Developmental, Self, and Object Relations Approach to the Treatment of the Closet Narcissistic Disorder of the Self*. Brunner/Mazel. New York.
- Miller, A. (1983). *Le drame de l'enfant doué. Le fil rouge*. Paris.
- Mulry, J.T. (1987). Codependency: A Family Addiction. *American Family Physician*, vol. 35(4): 215-219.
- Neveille, Jan A., Bradley, M., Bunn, C., Gehri, B. (1991). The Model Of Human Occupation And Individuals With Co-Dependency Problems. *Occupational Therapy In Mental Health*, 11(2/3):73-97.
- Norwood, R. (1985). *Women Who Love Too Much*. Basic. New York.
- Peele, S. Y Brodsky, A. (1975). *Love And Addiction*. Signet. New York.
- O'Gorman, P. (1993). Codependency Explored: A Social Movement In Search Of Definition And Treatment. *Psychiatric Quarterly*, vol. 64(2):199-212.
- Olson, M. y Gariti, P. (1993). Symbolic Loss In Horizontal Relating: Defining The Role Of Parentification In Addictive/Destructive Relationships. *Contemporary Family Therapy*, vol. 15(3): 197-208.
- Prest, L. A. y Storm, C. (1988). The Codependent Relationships Of Compulsive Eaters And Drinkers: Drawing Parallels. *The American Journal of Family Therapy*, vol. 16(4):339-350.
- Savitz, C. (1986). Healing and Wounding: The Collision Of The Sacred And The Profane In Narcissism. *The Society of Analytical Psychology*, vol. 31(4): 319-340.
- Schaefer, A.W. (1987). *When Society Becomes An Addict*. Harper & Row, Publishers. San Francisco.
- Seligman, M. E. (1975). *Helplessness*. W. H. Freeman and Company. San Francisco.
- Stolorow, R. D. y Atwood, G. E. (1992). *Contexts Of Being. The Intersubjective Foundations Of Psychological Life*. The Analytic Press. Hillsdale, N.J. London.
- Stolorow, R. D., Atwood, G. E. y Brandchaft, B.B. (1994). *The Intersubjective Perspective*. Jason Aronson Inc. Northvale, N. J. London.
- Wegscheider-Cruse (1985). *Choicemaking*. Pompano Beach, Fl: Health Communications.
- Wright, P. H. y Wright, K. D. (1991). Codependency: Addictive Love, A Justive Relating, Or Both? *Contemporary Family Therapy*, vol. 13(5): 435-454.
- Zwettler-Otte, S. (1990). Narzissmus Im Spiegel Antiker Mythologie. *Sigmund Freud House Bulletin*, 14(1):47-63 Trad. por Claude Bordez.